

III

La Isla de Diamante y de Hierro.

SENSACION DE ULTRAMANCHA

Londres, 20 de septiembre de 1907.

Cuando se viene de París á Londres, el camino de Dover por Calais es el más corto entre las dos riberas de la Mancha. Partido el barco, piérdese primero en el horizonte de popa el panorama de Boulogne-sur-Mer, donde murió ignorado San Martín, y donde hoy nadie sabe, por cierto, que ese nombre de santoral y de epopeya glorifica, á los ojos de un viajero del nuevo mundo, el nombre de la ciudad. Suele ser lóbrega la atmósfera del Canal durante los días de invierno, cuando los barcos van entre la niebla soplando á la desafortada sus bocinas, en continuado son de alarma. Pero en la actual sazón del año, apenas si en los días malos una tenue llovizna suele agrisar el cielo, mientras despeina el viento bravo la cabellera líquida de las olas. En otros, á poco andar, y á favor del aire transparente, las manos sabias de á bordo muestran la costa de Inglaterra, bosquejándose en el horizonte de proa. Tal la viera yo, cuando hace más de un mes venía para este fabuloso país de Ultramancha, ante cuya grandeza se prosterna

hoy el snobismo latino, al par que se alzan en su Isla desdeñándole, John Bull y Robinson Crusoe, los descendientes del abuelo normando. Debo confesar que, al verla, una reminiscencia propicia se despertó en mi memoria: era la imagen de una fresca mañana de junio, cuando en viaje de Buenos Aires, llegaba á Southampton, con el ansia de la tierra europea acrecentada por los días de mar. Después de haber visto Santa Cruz de Tenerife, Lisboa y la bahía de Vigo, lugares pintorescos pero abandonados á la incuria de la raza indolente, el espectáculo de la Isla de Wight me pareciera un prodigio, mientras navegaba el steamer bordeando sus riberas por el agua sajona. Ibamos por un estrecho canal, entre la isla y la costa, y ante los ojos de los viajeros, alineados en las barandas de babor y estribor, sucedíase el cinematógrafo de los limpios paisajes y las labores humanas. Bien era entre las frondas el castillo de piedra de los Reyes; bien era frente á la playa de Cowes la fama de sus mundiales regatas; bien eran residencias que ponían la nota rojiza de la arquitectura local entre la verde alfombra de los céspedes y las arboledas de los parques. De tanto en tanto, cañones emplazados á la vera, ó inexpugnables fortalezas circulares de piedra y hierro, construídas en medio de las olas y erizadas de cañones también, certificaban la potencia guerrera del pueblo que, desde la heptarquía de los bárbaros originarios, ha llegado á ser la nación más temida sobre los mares... Al volver dos meses más tarde, entraba, pues, á Inglaterra, bajo el auspicio de ese recuerdo que condensaba con sus parciales imágenes, la majestad de la monarquía británica, la saludable escuela de los de-

portes normandos, la belleza romántica de los parques sajones, y la fuerza militar, que, en el actual momento de la historia, todo lo puede sobre la humana cobardía, hasta el glorificar con sus éxitos las salvajes rapiñas del imperialismo.

Los que habéis peregrinado sobre la tierra, conocéis esa particular emoción de las efímeras amistades nacidas en los departamentos de los trenes ó en la cubierta de los vapores, al azar de los viajes. Son almas errantes que vienen de comarcas exóticas y á una determinada hora de los astros se juntan en el punto del planeta donde se cruzaban sus caminos, y separándose después, llevando á ciudades remotas el recuerdo del «amigo desconocido» que en todo el curso de la existencia no volverán á ver jamás... Fué gracias á uno de estos casuales encuentros que yo llegué á Londres con el ánimo optimista, pues en el trayecto desde Dover, los compañeros de camarote habíanse trabado, con el corresponsal sudamericano, en una charla jovial. Una, era la correcta lady inglesa que venía de visitar ruinas en Roma. Era la otra una yanki rodamundos, varona que fumaba y cruzaba masculinamente las piernas. Era la tercera una tímida girl que acompañaba á la yanki. Ninguna de las tres era bonita. Otra interesara más que ellas desde el primer momento, una mujercita de corta estatura y muy nerviosa, que nos miraba con toda la picardía de su cara morena y de sus ojos de color acero. La atención oportuna con que bajaba yo el vidrio de la ventanilla, según sus deseos, y las subsiguientes gracias, y la necesaria sonrisa, pusieronla en contacto conmigo y con un

compatriota médico, mi compañero de viaje. Por los movimientos la habíamos reconocido italiana, y era en efecto de Turín; venía ahora á Londres para trabajar como «prima ballerina» en el Alhambra, un gran teatro de variedades donde debutaría al siguiente lunes. El diálogo fué generalizándose. Dato á dato, cada uno completó su biografía; y cuando nos conocimos todos, se habló, naturalmente, de Poe, de Shakespeare, de Dante, y del porvenir estupendo que aguardaba á nuestras jóvenes naciones. Hablábbase allí en cuatro idiomas, y á ratos el camarote se llenaba de voces discordantes, en confusión babélica. La alegría encendida por los ojos latinos de la turinesa, había contagiado á nosotros y á la conciudadana de Roosevelt y á la turista de Roma, y concluído por hacer sonreír al inglés barbilampiño y aguileño que, silencioso en un ángulo, leía su magazín y fumaba su pipa. Me parecía menos áspera, aquella tarde, esta gente sajona, y su cordialidad hospitalaria atenuaba en mí la impresión de sentirme por la primera vez extranjero. Rodaba el tren, rodaba, y entre su ruido y el torbellino de la charla, proclamaba yo á la yanqui la decadencia de Europa y profetizaba su conquista por el comercio y la futura obra espiritual de los pueblos de América. La señora inglesa me miraba adoptando una sonrisa protectora y británica, sin que mis paradojas me enajenaran sus simpatías, pues al entrar el convoy en el inmenso caserío de Londres, ella empezó á ciceronearme desde la ventanilla del tren, señalándome en la vastedad del panorama los lugares ilustres de la ciudad; y al atravesar el Támesis sobre un puente ciclópeo, su mano me mostró en la ribera el sun-

tuoso palacio de Westminster y allá lejos la cúpula soberbia de la Catedral de San Pablo.

No sería del todo sincero si dijese que á mi primer contacto con la ciudad experimenté alguna emoción de júbilo ó de belleza. Ni sombra, por cierto, del espasmo espiritual que me había invadido cuando al acercarme por la primera vez á París, contemplara desde lejos la torre del Sacre Coeur sobre la colina de Montmartre. Cuando llegué á Charing Cross, la estación ferroviaria emplazada en el corazón mismo de Londres, mi alma estaba confusa como aguardando aún la revelación que había imaginado encontrar en aquella grandeza siniestra. No los ligeros tules de la niebla que hubiera sido prematura en el comienzo de agosto, sino las penumbras del atardecer, velaban los perfiles de la urbe prodigiosa; pero ni las evocaciones de la historia ni la hora propicia, podían contra aquella desmesurada aspereza de comarca volcánica que paralizaba, en mí, los resortes de la emoción. Era una gigantesca sucesión de casas que cubría con su desnivel todo el radio del horizonte, desparramadas sobre ambas márgenes del Támesis, sin una sola idea de proporción y de belleza. Londres me pareció una ciudad enorme y fea, fea y enorme como un monstruo, y esta impresión creció y creció durante los días subsiguientes, mientras vagaba por su recinto sin que mi sensibilidad latina comprendiera qué encanto podía haber en el azaroso cruce de sus calles, ni en la escuetez aciaga de su arquitectura, ni en la extensión sin gracia de sus parques, ni en la suciedad de su atmósfera y de su cielo siempre gris. Si yo hubiese escrito entonces mi confesión, esta co-

rrespondecia hubiera resultado un pánfleto apasionado y violento; pero, á fuer de juicioso corresponsal, he preferido someter mis primeras sensaciones á una experiencia de cuarenta días. Después de ella, continúa produciéndome el efecto de una colosal estación de ferrocarril, ó de una fábrica portentosa. Los que busquéis la antítesis de París la hallaréis en Londres, y no se puede comparar ambas ciudades si no para establecer la máxima diferencia del contraste. Decidirse por una ú otra es cuestión de temperamentos; y al describiros simplemente mi sensación, lo hago con la humildad de quien no quiere generalizar un hecho aislado, ni pretende para sus propias impresiones el valor absoluto de la realidad. El Londres que yo he visto es bien diverso del que suelen describiros los demulenes que andan por el mundo, los que sin duda creen dignificarse cuando proclaman la superioridad de los anglosajones. Para describíroslo, no necesito el canto de las liras, y sería peligrosa la hipérbole por su falta de precisión. Cuadra mejor, al tema y al ambiente, un desnudo apuntamiento de hechos, expresado en un llano y sincero hablar: en estas carreteras por donde va como un viento la abominable bicicleta, galoparía mal Pegaso, acostumbrado á hollar con herradura de plata su camino de nubes.

Londres se ha formado por la agregación de otros pueblos á los primitivos núcleos urbanos de Westminster y la City, cuya historia se remonta á los tiempos de Tácito. Los cinco millones de hombres que lo habitan, circulan en las ocho mil calles de una ciudad crecida por yuxtaposición.

Siendo Londres un resultado del azar, lo que primero se advierte en él es la falta de una idea anterior al hecho edilicio. Su plano y su nomenclatura son sin claridad; no se termina de conocer sus rumbos; se vive en el reino del polígono irregular, sin utilidad práctica ni ventaja estética. Una calle cambia de nombre varias veces, como esta mía que se llama sucesivamente Grenville, Brünswik Square, Hunter, Judd y Eutone, todo esto de cuadra en cuadra, y en una arteria concurrida por el tráfico de tres grandes estaciones de ferrocarril é importantes hoteles. Los nombres, como Duck Street ó Grenville se repiten en diversos distritos. En otras calles, como St. George St. la numeración empieza en una acera y sigue invertida en la otra desde el extremo de la calle hasta su comienzo. Al dirigir una carta en Londres tenéis que llenar el sobre con las señas. Sus medios de comunicación delatan una falta de claridad en las ideas y de espíritu práctico. Los ómnibus llevan treinta letreros y hasta que el extranjero ha leído tres, el coche se ha alejado de vista. Los «cabs» que aquí se usan son de dos ruedas, con el cochero detrás y la mujer que sube en ellos, ensucia las polleras en la llanta y el alto estribo exigele una gimnasia varonil. Los tubos subterráneos que han construído son un laberinto complicado de galerías y ascensores que demandan un gasto enorme de electricidad y personal numeroso,—en tanto que el de París es simplicísimo, y es aún susceptible de mayor simplificación. Ved cómo estos detalles pueden revelarnos la carencia de espíritu sintético en las ideas rutinarias de esta gente. Y como además no tienen sentido estético, la cons-

trucción externa de la ciudad carece de armonías y de proporciones de líneas elegantes y de perspectivas. Hay barrios enteros, centenares de «manzanas» donde las paredes de la acera se construyen lisas y sin revoque, con sólo sus dieciséis ó treinta y dos ventanillas de hospital, sin balcones. Estas son casas de renta; no casas de obreros, los ladrillos se ennegrecen y el barrio toma una lobreguez de necrópolis. La suciedad del aire es tal, que en los museos, todos los cuadros están cubiertos con vidrios para preservar las telas. Hay días que es imposible ver nada, pues donde buscáis un óleo os encontráis con un espejo, y veis vuestra propia desagradable figura en el marco donde queráis admirar un retrato de Rembrandt ó de Goya. Acaso esta opacidad del ambiente haya impedido aquí el florecimiento de un arte como el de los países solares. Cuando quieren hacer un hermoso edificio se esmeran tanto, que les resulta un adesio, como el museo de South Kensington, recién construído en memoria de Victoria y de Alberto. Y cuando tienen algún verdadero monumento arquitectónico, no saben destacarlo: frente al palacio de Westminster, en la opuesta ribera del Támesis, sobre la costa aún silvestre, se desparrama un oprobioso caserío de barracas sucias, chatas y negras; la catedral de San Pablo está rodeada de callejuelas estrechas y ahogadas por los edificios vecinos; el British Museum, que tiene una entrada monumental de cuarenta y cuatro altísimas columnas jónicas, ha perdido las tres restantes fachadas, pues en el sitio que debieran ser jardines se alza una industrial y simétrica

construcción de inquilinatos (boarding houses y Private hotels) que, gracias á la crítica, van á ser demolidos. Está de más decir que el estilo de esas tres maravillas, no es argumento en favor de la superioridad de los anglosajones, pues ninguna armonía visible liga sus grandezas—griega, romana, gótica,—al resto utilitario de la ciudad.

Pasadas las primeras semanas de lucha por la adaptación, y más propenso el ánimo á la ironía, empecé á reparar en los detalles grotescos de que Londres abunda. Frente á St. James' Park hay un palacio de la nobleza en el que han recubierto con una cautelosa tela metálica los capiteles de las columnas. Cerca de ese palacio, en la terraza de Carlton House, elévase una columna de treinta y ocho metros, con la estatua del duque de York, y sobre la frente de este duque de bronce, enhiéstase un pararrayo como un cuerno de hierro. No queda muy distante de aquel sitio, Leicester Square, donde está, entre cuatro delfines, una estatua de Shakespeare, de pie y con las piernas cruzadas como una bailarina; la posición menos digna que se haya podido encontrar para ese estupendo creador de figuras humanas. De la plaza de Leicester se puede caminar hasta Piccadilly Circus, sitio populoso y galante, donde se ve pasar de noche busconas que hacen su jira profesional montadas en bicicletas, y que se apean cuando algún amigo las detiene ó las llama. The Natural History Museum—rico y metódico—se halla instalado en un magnífico edificio romano, de moderna erección; pero en el decorado de las galerías interiores, han puesto, con un evidente mal gusto británico, monitos de argamasa que van en-

caramándose por los pilares: esto será muy zoológico, pero no sé qué relación guarda con el resto de su arquitectura. Detalles de tal jaez llenarían pliegos. Ruskin y los estetistas han sido en estos últimos tiempos una reacción contra la mediocridad estética ambiente; pero hoy parece aletear un ansia de belleza en el alma de este pueblo insular y burgués. Ultimamente fué regalada á la Galería Nacional de Pintura, la Venus de Velázquez, adquirida en la suma de 45.000 libras esterlinas, por suscripción popular. Hubo en esto algo de vanidad colectiva, pues el cuadro, que es admirable, había pertenecido á una colección privada, y se quiso evitar que en virtud de una disposición testamentaria, saliese fuera del país. La munificencia particular ha enriquecido los museos; pero no así la producción de un arte nacional. Nombres de millonarios donantes, se ennoblecen, como el de la misma Reina, al pie de muchas firmas célebres, cuyas telas han sido regaladas por ellos. Toda la colección Wallace, que se estima en millones, fué donada á Inglaterra por la viuda de sir Richard Wallace, pero esta colección es casi íntegramente de arte francés, objetos decorativos, muebles del siglo XVIII, valiosas miniaturas más modernas y telas versallescas de Watteau y sus discípulos. Hasta en las mujeres de carne falta aquí la sugestión de belleza. Son tan avinagradas las que se quedan en la isla como las que andan por el mundo. Los ojos son desteñidos y desaparece la implantación de los dientes. Tan magras y lisas son, que no se sabe si van ó vienen. Caminan inclinadas hacia adelante, con ese andar de pato que tanto impresionaba á Verlaine cuando vivió

aquí en Londres. En una galería he visto cierto retrato de la reina Victoria que nos la presenta á la soberana cuando era joven, pero afectada por la misma inelegante inclinación de busto. Dicen que hay mujeres muy bellas en la aristocracia, pero no he tenido ocasión de descubrirlas, porque la «season» de Hyde Park y de los grandes teatros está cerrada. Caras hermosas como las de Robinson ó la condesa de Lincoln he visto, pero entre los cuadros de Reynolds ú otros célebres retratistas ingleses cuyas obras guardan las galerías de los museos.

Por debajo de estas apariencias poco seductoras corre aquí un raudal de ingenuidad evangélica y primitiva. A pesar de su desmesurado crecimiento, Londres ofrece tipos y costumbres henchidos de una emoción aldeana. Esto no es anacrónico tratándose de un país donde aún se resiste la implantación del sistema decimal. Se ve á la orilla de las calles ciegos que cantan su canción plañidera, mientras el gran mastín que les sirve de lazarillo, sostiene en la boca el jarro ó sombrero donde recibe la limosna de los transeuntes. Al pasar por avenida importante como la de Oxford Street, suele atraerme en las calles laterales, semiobscuras y estrechas, sobre todo los sábados y domingos á la noche, el espectáculo callejero que improvisan en las calzadas músicos y bailarines ambulantes. Otras veces no son piruetas lo que acompaña el son del órgano, ni saltimbanquis los que han congregado aquel corro de gente, sino predicadores evangélicos, que van por la calle con

el órgano, la Biblia, la cátedra sagrada que es como un púlpito de rematador, y un cartel donde los fieles leen al cantar la letra de los coros:

Tell me the old story
Of unseen things above
Of Jesus and his glory
Of Jesus and his love,
Tell me the history simply
As to a little child,
For I am weak and weary,
And helpless and defiled

Figuraos este espectáculo en medio de la calle y entre las pausas del sermón. A veces el grupo no excede de diez personas; otras, un transeunte de la misma feligresía se detiene al pasar, canta su plegaria y sigue su camino. Los ómnibus y automóviles ruedan por la otra acera de la calzada. La policía no los interrumpe jamás en estos públicos oficios. El orador, que suele ser un ciudadano sin hábito de pastor, moraliza ante «sus queridos hermanos»—«my dear brothers»—que en la letra del coro piden volver á oír la historia de la Redención, porque sus almas están débiles y desamparadas. Este mismo espectáculo impresiona de otra manera en Hyde Park, donde profusamente se realiza todos los fines de semana á la noche. Y entonces de cada uno de esos grupos, entre los negros árboles y ante la inmensidad de los cielos, oís elevarse á Dios el cántico devoto:

Sun of my soul, Thou Saviour dear,
It is not night if Thou be near,
Oh may not earthborn cloud arise
To hide Thou from thy servant's eyes.

Yo no sé qué suma de verdadera fe habrá bajo estas formas de culto al aire libre que, por tener

algo de rito cosmogónico y de cristianismo primitivo, es más bien simpático á mi sensibilidad. Acaso esta costumbre que tanto me ha impresionado en el Londres actual, no sea sino sobrevivencia de un antiguo Londres, cáscara de rutina sin contenido de pulpa y jugo espiritual. Expreso esta duda, porque toda la decantada moralidad sajona me ha parecido en esta ciudad, tan sólo una hábil complicidad de silencio en torno del vicio. Lo que aquí no existe es la ostentación del placer, pero por debajo de esta hipocresía hay las mismas lacras que en todas las grandes capitales. A las doce y media de la noche cesa la animación nocturna; los bares y lugares de recreo arrojan á esa hora su concurrencia; ordenanzas policiales prohíben estacionarse en la calle después de media noche, y no resta más recurso que recogerse en la propia casa ó en la ajena; y Satanás y yo sabemos lo que pasa detrás de los portales que se cierran sobre las aceras silenciosas. Creo no equivocarme al decir que el secreto de la moralidad londinense consiste en el respeto del hogar por parte del público y de la vía pública por parte de los particulares. Vosotros habéis oído decir que aquí el Estado no reglamenta el comercio ni la libertad del amor, porque la pudibundez oficial evita el macularse en tales abyecciones. Esto es cierto; pero su resultado inmediato es el desarrollo de una atroz clandestinidad. No exagero ni lo más mínimo al referir que todas las noches al ir de mi casa á las inmediaciones de Leicester Square, hago mi camino entre un mundo de busconas macilentas y de errantes cocotas. Comienza la romería en Guilford Street, continúa á la izquierda

por Southampton Road, sigue á la derecha por New Oxford y Oxford hasta Regent Street y desemboca en Piccadilly Circus, donde ese pueblo de silenciosas hetairas se hace muchedumbre. Hay alrededor, un barrio de teatros, y cualquier noche podéis ver allí las «girls» galantes, desfilando por centenares como en cualquiera de los bulevares de París; pero el desfile que os da allá la sensación de la alegría y de la vida, es en este lado de la Mancha una callada procesión de monjas y doncellas. Lo que estas vírgenes son capaces de hacer, que Lesbia y Lot os lo digan. Va circunspecta, porque no sabe ser más jovial y porque la policía observa su paso. De tal manera la suerte de la cortesana depende del policeman, que éste puede hasta hacerla devolver el dinero recibido por trabajos ilícitos, sin inconveniente para lucrarlo, tal cual vez, en puerca aparcería, con el hidalgo que lo llamara en su auxilio. Conozco dos anécdotas de este género, y ya veis á lo que puede reducirse este personaje mitológico que, según la leyenda, tiene la precisión de un péndulo y la pureza de un santo... ¡Quién sabe lo que habrá más en lo íntimo de esta sociedad, á la cual el aislamiento de su isla la ha preservado de las indiscretas miradas extranjeras!... Lo cierto es que aquí el consumo del alcohol es enorme, y que los «wine-shops» están siempre repletos, y que no hay sábado á la noche que no encuentre por la calle hombres y mujeres borrachos, que van haciendo esos por las aceras. Lo cierto es que aquí el adulterio es una costumbre y que los pastores predicán contra la corrupción de las altas familias. Lo cierto es que la prole aquí nunca pasa de cua-

tro vástagos y que las madres no crían ni educan á sus hijos, estando ellos á cargo de la «nurse» gobernante ó nodriza en las casas pudientes, mientras á los niños de los hogares pobres deben los maestros defenderlos de peores peligros, según les aconseja una interesante obra oficial del *Board of Education* que he leído en estos días.

De una de las alegorías románticas de Disraely, á quien este país glorificara, ha extraído Eça de Queiroz en sus Cartas sobre Inglaterra, la siguiente máxima que resume la moral londinense: «La felicidad de un pueblo consiste en la «pose» de una fuerte moral cristiana aliada á un uso moderado de liberalidad.» Acaso este pueblo al haber llegado en la policía de sus costumbres al dogma que yo llamaría «de la calle honesta y el hogar inviolable,» haya encontrado el medio de dar á la corrupción este destino: prosperar en la sombra y perecer en la luz. El error latino consiste en creer en la sobriedad, la pureza y la castidad sajonas; pero no debemos olvidar que este pueblo come cinco veces al día y bebe diez veces á la noche. Hay un pequeño detalle edilicio que, para mí, describe toda esta civilización: los mingitorios públicos se llaman pudibundamente «lavatory»: cuando á la vista del hermoso letrado entráis en él, descubrís que no es lavatorio, sino w. c.; pero en el momento de salir, un aviso del condado os ruega con las más correctas palabras que os cercioréis, antes de volver á la calle, si os habéis abrochado prolijamente los botones de vuestro vestido... Así con esa moral de apariencias y su sentido industrial y político, han conseguido agru-

par varias colonias en un imperio poderoso, varias islas en una fuerte metrópoli y varios pueblos en una sola ciudad. Pero en lo que no creo es en el sentido estético de esta raza. Ignoran en absoluto el arte de hacer ciudades. Londres tiene, sin duda, una grandeza, pero es una grandeza deforme y difusa que escapa á la visión del observador. No recuerdo haber tenido aquí exclamaciones vehementes de admiración ante un monumento, una calle, un parque, una perspectiva urbana. Hastiado ya del detalle escueto, feo, bárbaro, quise abarcar un día su conjunto y subí en plena City á lo que llámase por antonomasia El Monumento, erigido hace dos siglos para conmemorar el incendio de 1666, que devoró cuatrocientas sesenta calles y trece mil doscientos edificios; y al salir de su racol de tinieblas á la luz del balcón en lo alto de la columna, no fué el panorama de una ciudad lo que mis ojos contemplaron desde esa cima, sino otra cosa extraña de pesadilla ó de poema; algún paisaje sideral visto en delirio, alguna vasta comarca volcánica ó alguna de esas visiones de los últimos Froment: toda la superficie del planeta erizada de chimeneas y embaldosada de techumbres; fabulosa agregación de moradas humanas, dilatándose hasta cubrir literalmente la tierra y tocar el cielo acaso, entre las nieblas del horizonte donde el no visto límite se borraba ante mis ojos atónitos.

LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Oxford, 10 octubre de 1907.

El cumplimiento de un deber oficial me ha traído á Oxford, y de tan buena suerte me ha impresionado este lugar de sabiduría y de silencio, y los colegios vetustos y las calles arcaicas y los profesores magníficos en su vocación monacal, que voy á referiros, con las palabras menos pedagógicas que me sea posible, algo de lo que he oído y visto en la ciudad universitaria, que es única por su belleza en el mundo. Al contacto de la realidad he podido comprender el espíritu y la vida de estas instituciones, acerca de las cuales, obras como el «Student's Handbook», ó la otra aún más interesante de Algernon Stedman, sólo me habían dado una noción incompleta, forma sin movimiento ó cuadro sin colorido. Y como sé que algo de esto pasa á la mayoría de mis lectores de América, no ha de considerarse innocuo mi relato, si él consigue llevarles un poco de luz sobre esta ciudad de ensueño que para muchos es apenas un nombre y un fantasma.

Un amigo del Board of Education me ha dado

las señas del hotel donde podré alojarme. Se llama Isis la casa, no sé si por la diosa de Egipto que simboliza el misterio, ó si por un antiguo nombre del Támesis, el río que al confluir con el Cherwell señala el sitio de la ciudad que en otro tiempo llamábase Oxeneford. He visto al entrar, que una enredadera de hojas rosadas, cubre la marquesina y los balcones. El nombre tiene un cariz erudito; el frontis una poética decoración aldeana; de modo que sintiéndome ya feliz de haber venido, sigo á la rubia «maiden» que me conduce hasta la que ha de ser mi habitación en la casa. Y al instalarme en ella, atrae desde luego mi atención, un cuadro á la cabecera de la cama, único adorno entre el austero aliño de esta alcoba inglesa. Es una litografía donde, exornada de siemprevivas y rosas, se lee esta admonición evangélica:

The Lord is
Good unto them that wait for Him...

«El Señor es bueno para con aquellos que esperan en El...» He ahí, sin duda, una rara advertencia de bondad que no he visto en otro de los muchos hoteles donde he dormido, y que á la hora de la noche, á la hora del cotidiano regreso, á la hora de la meditación y del reposo, enseña al solitario huésped extranjero, venido de remotos países, una sabia lección de fe, de caridad y de esperanza... Dulcificada el alma por ella, salgo á emprender mi día y mis labores; y al influjo de no sé qué ensalmo benéfico, el ámbito me parece tan suave como una vieja seda, y siento en el aire toda la sugestión de su silencio propicio al ensueño. Vengo

de la Babel londoniana, donde las fábricas y la niebla manchan de gris la atmósfera, y donde un fragor malsano asorda con su torbellino las aceras. Tal vez por eso me parece más grata la callejuela curva y apacible que se desvía á mi lado, entre tapias de piedra y á la hilera sombría de algunos árboles. Iffley Road, la calle por donde marchó, tiende su puente sobre un brazo del Cherwell; hay quietud y fronda junto á sus aguas, donde se reflejan los seculares muros de Mary Magdalen College, el más romántico de los colegios de Oxford. Y más adelante veo una fuente pública, erigida por un particular en recuerdo de la Reina Victoria, y alrededor del friso poligonal, en el templo gótico que la cubre, leo estas palabras latinas:—*Ruit-hera-sagax-libe-carpe-fugacem-limphae-adem.*

Después de leer el lema doctoral de la fuente, entro en High Street—High, como popularmente la llaman,—de la cual se ha dicho que «es la más noble de las viejas calles de Inglaterra;» y con ser el mío un espíritu antiuniversitario, ó extrauniversitario, si queréis, siento que la fascinación de la ciudad se consume en presencia de estos venerables colegios, que tienen en su arquitectura de piedra una rudeza de castillos normandos y un aire de silenciosas abadías.

Yo no sé si la precedente alusión habrá conseguido daros una vaga idea de la emoción que despierta la quietud de estas casas y estas calles. Y lo más extraordinario es que toda esta construcción monacal, y este ámbito de ensueño, han sido creados por el espíritu de una universidad; pero de una universidad que, á pesar de la palabra común con

que se las designa, es absolutamente diversa de la nuestra burocrática, infecunda, vacua, de aliento eterno y de desinterés idealista. La historia, los blasones, las costumbres, y hasta ciertos aspectos del gobierno civil de la ciudad, se confunden con la tradición de los colegios, algunos de los cuales datan del siglo XIII, tal como Balliol College, fundado por John Balliol y su mujer Devorgila, padres de un rey de Escocia. Llamam a las de Oxford y Cambridge las Universidades hermanas—«The sister Universities»,—y con ser tan idénticos su organización y su pasado, paréceme que la segunda no ha dado a su ambiente una sugestión tan pura ni a sus piedras una vejez tan conmovedora. Verdad que yo he visto a Cambridge con el bullicio de su población escolar, pues abren allí las clases el 10 de octubre; y veo a Oxford en sus días de vacaciones, pues no acostumbra cerrar las suyas hasta mediados del mes. Pero en aquella he visto sus calles pululando de estudiantes vestidos con el «gown» reglamentario, su talar académico, y el «trencher», un sombrero de copa cuadrangular; y eso agregaba al pueblo una nota característica, sobre todo al anochecer, la hora en que, según antigua costumbre y por motivos de policía universitaria, el uniforme es obligatorio. También he visto a Cambridge en domingo, el día en que después de los oficios eclesiásticos de la mañana, queda la calle en completo reposo, por el cual ni siquiera pasan tranvías, pero esta parálisis hebdomadaria de ciudad inglesa, está muy lejos—sea bíblica ó socialista su quietud,—del movimiento sin presura y de la dignidad sin pereza con que veo moverse el pueblo en estas calles de Oxford. Regent Street es en Cambridge

la equivalente a High Street, la avenida núcleo en la red urbana, y mientras la de aquí es una ancha y desembarazada calle ennoblecida de seculares edificios, desde la torre de Magdalen junto al puente de Cherwell, hasta el torvo castillo carcelario junto al puente del Támesis—allí la calle estrecha atollada de tráfico y resplandeciente de escaparates, os da una impresión burguesa, pues el barrio escolar tiene su núcleo aparte, sobre la ribera del Cam. No obstante, cuanto se diga en elogio de la una por el prestigio y la solidez de sus estudios, se ha de hacer extensivo a la otra; y fácilmente se comprenderá que mi comparación tan sólo se refiere a esa cosa sutil que está en el aire, en el ruido y en el color de las ciudades, cosa que no siempre es objetiva, que acaso depende de nuestros propios estados de alma, pero que determina, en tales casos, nuestra simpatía por los hombres, por los lugares ó los libros.

En tal ambiente prospera desde hace siglos, el régimen tutorial de los colegios, especie de conventos laicos, «independientes» de la corporación universitaria. Ahí reside la substancial diferencia entre esta Universidad y el sistema argentino; y como supongo que mis lectores han de conceder más autoridad a la palabra de un autor inglés, traduzco para ellos, del antemencionado libro de Stedman, los párrafos siguientes que ratifican mi aserción:—«Existe en la mente de numerosas personas la muy falsa, pero acaso natural tendencia a identificar la Universidad de Oxford con sus colegios independientes. En realidad, estos últimos son cuerpos totalmente distintos, como lo de-

muestran su origen y sus propósitos.»—En efecto, los colegios se establecieron primeramente para proveer de alojamiento á los alumnos de la Universidad. Fueron en su origen posadas ó casas de hospedaje, sostenidas por una congregación de varios estudiantes que se reunían para vivir en común y para costear un maestro que les dirigiese en sus estudios. Entretanto, la Universidad tuvo el contralor intelectual y la autoridad legislativa que aún conserva. Ella es una entidad corporativa de varios cuerpos, en la cual tienen parte los doctores, los maestros, los alumnos. Ella establece la extensión de los estudios y toma los exámenes, para lo cual ha construído hace poco un edificio especial de anchos salones. Ella fomenta y facilita las especulaciones intelectuales de su ciudad. Entretanto, los colegios son los que vivifican el organismo inerte de sus reglamentos, haciendo correr por todo él un torrente de realidad y de amor que preserva á la enseñanza de convertirse en una simple función burocrática. No debemos, sin embargo, confundir su posición administrativa con la de nuestras Facultades, por los colegios, porque éstos son independientes, y la Universidad no interviene para nada en su régimen interno, bien que ellos contribuyen, en cierto modo, á la formación de la Universidad. Lo veréis en un pequeño esquema de jerarquías: primero están los alumnos que se llaman «undergraduados»; después los «fellows» ó tutores, que se nombran generalmente entre los graduados más distinguidos de cada colegio, que quedan á vivir en el mismo, y que son los que desempeñan las verdaderas funciones docentes. Cada fellow tiene á su cargo un grupo de estudiantes, y

es casi siempre un tipo admirable por su desinterés profesional, á tal extremo, que el colegio, de quien exclusivamente dependen, les exigía antes la condición de permanecer solteros. Hoy pueden casarse, y á los que tienen familia les está permitido vivir afuera. Los fellows tienen voto en la elección del director de la casa. Más arriba está el profesor, que no es funcionario del colegio, sino de la Universidad, que dirige y coordina—extraoficialmente,—la obra de los fellows y que—oficialmente,—debe indicar los tópicos de estudio y constituir los tribunales de examen. La más alta autoridad universitaria, es el llamado «chancellor», pero autoridad nominal, pues trátase siempre de algún eminente hombre público. Quien ejerce en realidad sus funciones es el vicechancellor, elegido entre los directores de colegio, cuyo título suele ser warden, rector, maestro, presidente ó deán, según las tradiciones de cada casa. En este último, las autoridades de director (Head of House) y vicechancellor, colegial la una y universitaria la otra, pueden concurrir en una sola persona, porque ambos pertenecen á dos esferas diversas, independientes entre sí. Pero si coexiste con la entidad universitaria la más absoluta autonomía en los colegios, ambos ejercen sobre el estudiante, no sólo una acción intelectual, sino una influencia educadora, cuya falta entre nosotros ha llevado á la crisis nuestras Facultades. La obra universitaria es aquí muy diversa de lo que ha sido al respecto la tradición sudamericana, bien que la nueva Universidad de La Plata, por expreso designio de su fundador, sea un saludable esfuerzo en el sentido de las Universidades inglesas, que no son fábricas de doctores, sino colmenas de

pensamiento, viveros de hombres, acervos de investigación científica que procuran poner la enseñanza en íntimo contacto con la realidad, con la sociedad y con la vida.

De la Universidad de Oxford dependen varios institutos para el servicio de la enseñanza, tales como el Observatorio Radcliff, el Jardín Botánico, el Museo general, que comprende departamentos de geología, química, botánica, zoología, antropología, etc., y donde he visto estribos y arados de madera, lazos trenzados y cráneos provenientes de la República Argentina; galerías de arte y de historia en el Ashmolean Museum, cuyo origen data de 1600 y es considerado como el más antiguo de los Museos ingleses; la Bodleian Library, biblioteca que contiene 685.000 volúmenes impresos y 33.000 manuscritos y 50.000 piezas de una colección numismática; la famosa Clarendon Press, los enormes talleres tipográficos donde he visto imprimirse clásicos griegos y biblias en idiomas orientales, y de donde salen anualmente, no sólo textos para el uso de los estudiantes, sino libros de erudición ó de placer que van á todos los mercados del mundo. Pero debo confesar que no es la Universidad misma la que ha seducido mi simpatía y ablandado aquí la hosquedad antiuniversitaria que traía de Buenos Aires, sino el régimen y la atmósfera de los colegios oxfordianos, el más interesante fenómeno pedagógico que haya visto en mi vida. El número total de estudiantes pasa de tres mil, pero están distribuidos en los diversos colegios: unos hay que tienen veinte; en otros pasan de cien. La convivencia de maestros y alumnos es allí el tra-

sunto de una verdadera comunidad religiosa, ligada por el culto de la sabiduría. Antes de su fundación, los estudiantes podían residir en cualquier parte del pueblo, pero después no les fué permitido sino en el recinto de los colegios ó en «private lodgings», hoteles especialmente autorizados para ello por la Universidad y reconocidos á este respecto, como parte integrante de la misma. La cantidad de pupilajes aumentó por lo consiguiente, y hoy Cambridge tiene dieciocho, y Oxford veintidós. La munificencia particular ha convertido algunos de ellos en casas opulentas, y los retratos de los benefactores adornan el comedor ó la sala de conferencias, siendo en algunas, como Queen College, retratos tan ilustres como el del Príncipe Negro, de la Reina Philippa, de la Reina Carlota, ó de la Reina María, patrona del colegio. El precio del internado varía desde menos de cien libras anuales hasta más de doscientas, según el confort y fama del establecimiento. Las comodidades de la vida doméstica han mejorado con los progresos actuales; pero tal como en el edificio ha subsistido el murallón de piedra bajo las reparaciones ulteriores, así en el régimen interno han perdurado los usos y costumbres de la Edad Media. Imaginaos que en Magdalen College, por ejemplo, un día de mayo, á las cinco de la tarde, el coro canta en lo alto de la torre un himno en latín, que ha subsistido por rutina, pero que se supone tuvo su origen en un réquiem anual por la memoria de Enrique VII, muerto en 1509. Personaje pintoresco en los colegios es el proproctor, especie de bedel encargado de la policía escolar, para lo cual dispone de varios oficiales popularmente conocidos con el nombre de

«bull-dogs». Su vigilancia se extiende á toda la jurisdicción universitaria y acaso sea uno de sus deberes más delicados el proteger á las doncellas de los «lodgings». Se exige á los alumnos una circunspección monacal, sobre todo en la calle. Sin embargo, un antiguo proproctor me decía que sus funciones, si muy eficaces antaño, eran hogaño inocuas, pues con los automóviles podían los estudiantes, en una tarde de licencia, ponerse en pocas horas fuera de su jurisdicción para cualquier aventura, y estar de regreso á la hora del crepúsculo. Pues también por motivos de policía, todos los estudiantes están obligados á vestir el «gown» al anochecer, y estar en su asiento á la hora de la cena, sin que puedan faltar ni á la mesa ni á la cama, sin aviso previo al rector. Todos comen en una sala común, aunque la mesa de los maestros está en una tarima, desde la cual se dominan las bulliciosas mesas de los alumnos. Muchos de los colegios han evolucionado, sin embargo, aquí y en Cambridge, hacia un moderado liberalismo en costumbres y enseñanza. Pero aun son obligatorios los religiosos oficios del domingo. Los «Undergraduates» van vestidos de talares blancos y los maestros de sobrepellices escarlatas. Y cada colegio tiene, así como su biblioteca, rica en manuscritos é infolios, su capilla, en la cual suele haber algunos tesoros: viejas ventanas de Maguncia, cuadros del Renacimiento, sillerías, suntuosas decoraciones prerrafaelitas, ó águilas de oro—«aquila regina aviorum»—que se apoyan en el globo del mundo para ofrecer al Evangelio, el facistol de sus alas triunfalmente abiertas en el día de la nave, que tiñe de violado ó

azul la túnica de los Cristos ó el manto de las Vírgenes en las vidrieras historiadas.

La idea de semejante disciplina da, de lejos, á nuestra mente americana la impresión de una monotonía opresora ó de una lobreguez conventual. Pero nada menos exacto en la realidad. Tal vez moleste ese rigor durante los años estudiantiles, como el régimen de todas las escuelas del mundo, pero no hay oxfordman que no recuerde con ternura sus años de colegio y que no desee volver á vivirlos. El colegio, por su parte, conserva después su vinculación con los que fueron sus pupilos, y cifra en la gloria de los que llegaron á ser célebres, el timbre de su propia gloria. Así, cuando vais á Christ Church, os avisan que Ben Jonson, Wellington, Peel, Ruskin y Gladstone se educaron en la casa; y cuando vais á Balliol College os avisan que en ella se educaron Adam Smith, Mathew Arnold y Swinburne, el poeta. Y así con Pitt el viejo en Jesus College, y con De Quincey en Worcester y con Max Müller en el colegio de All Souls. Este orgullo se explica, porque tales colegios educan, en realidad, hasta el grado de que se atribuye á cada uno de ellos una peculiar psicología. El de Magdalena, por ejemplo, tiene cierto carácter aristocrático, con hermosos jardines y estudios generales y no muy profundos en otra época, que hicieron escribir á Sterman: «The term Magdalen-man and dilettante were some time ago convertible.» En cambio escribe de los de Balliol: «algunos Balliol-men se caracterizan por su afectación de intelectual arrogancia, combinada con cierto desapego por las amenidades de la vida.» Y eso ha podido ocurrir, porque la enseñanza no es mecánica y porque si

hay algún rigor en la vida social de los colegios, hay, en cambio, libertad fecunda y absoluto respeto de la individualidad, en los métodos intelectuales.

Cada «fellow» tiene un grupo reducido de alumnos á quienes conoce, con quienes departe, con quienes habla á todas horas. Conoce sus aptitudes y las fomenta; da su lección en una mesa común, no en la cátedra presuntuosa; se dirige, no á un auditorio impersonal, sino á personas que lo oyen, y siendo ese auditorio tan reducido, no cabe la oratoria con que algunos profesores han desvirtuado y prostituído la enseñanza en nuestro país. El maestro no es un todo-lo-sabe, como se cree por allá que debe serlo, sino un guía amistoso de sus discípulos, á quienes puede indicar fuentes, facilitar investigaciones y sugerir ideas, por ser un hombre que ha leído más y que tiene más años. El objeto no es dar mecánicamente un gran número de nociones, sino educar el carácter y despertar el anhelo de la sabiduría. Y este propósito, que florece de tan hermosa manera en las Universidades, tiene ya su raíz desde las escuelas elementales inglesas. El admirable y sabio profesor Smith, de Balliol College, un viejito con treinta años de profesorado, me refería que cierta vez vino á Oxford un educacionista extranjero, y, después de visitar los colegios, le dijo:—«Vuestro sistema es óptimo; pero demasiado costoso.»—¡Costoso!—dije yo á Mr. Smith, después de oirlo,—y además requiere del maestro un sacrificio completo de su persona en favor de la enseñanza.

—Naturalmente — agregó Mr. Smith. — Todo nuestro sistema se basa en la obra del profesor, y

no queremos para tales sino aquellos que sean capaces de realizar esa obra. La enseñanza tiene que ser un nuevo apostolado, como lo fueron antes las vocaciones religiosas; y cuando haya entre los graduados quienes tengan ambiciones de dinero ó de poder temporal, no deben quedarse de maestros. A esos les aconsejamos que se vayan á los negocios ó á la política. Y al escucharlo, vi que la tela de su ropa era burda, y que sus botines eran viejos.